

De los nombres de Cristo

FRAY LUIS DE LEÓN

Edición, estudio y notas de Javier San José Lera, Madrid,
Real Academia Española, 2023, 1028 pp.

En la *Exposición del Libro de Job*, escribe fray Luis de León que las escrituras “que por los siglos duran, nunca las ditta la boca: del alma salen, adonde por muchos años las compone y examina la verdad y el cuidado” (VIII, 10). Tal ha ocurrido, desde su siglo hasta el nuestro, con *De los nombres de Cristo*. En 1583, la imprenta salmantina de Juan Fernández da a la estampa un libro teológico en lengua castellana, cumbre de la prosa renacentista, para la que abrió, por juicio y voluntad, un nuevo camino para explicar la esencia de Jesús a partir de sus nombres y “construir desde ellos toda una catedral que proclama la esencia de una teología cristiana, una *philosophia Christi*, a la vez paulina y agustiniana” (p. IX), con sillares bíblicos, clásicos y renacentistas. El molde elegido es el diálogo ciceroniano, *summa* humanística en formas, temas, estilo y lenguaje. Estas y otras muchas

novedades hacen de este “libro en romance” un clásico de nuestra literatura, “el honor de la lengua castellana”, según proclama Lope de Vega en el *Laurel de Apolo*.

Tras la edición anotada del texto (pp. 1-472), según los ya conocidos criterios editoriales de la Biblioteca Clásica de la Real Academia Española (hija del entendimiento de don Francisco Rico), sigue el estudio de Javier San José Lera, acaso el máximo especialista en la prosa romance de fray Luis que hay en España y fuera de ella. El editor dedica el primer capítulo al contexto biográfico y la datación de la obra (pp. 475-488). Reconstruye la vida académica de fray Luis para mostrar el estudio de la Escritura “como una constante preocupación de su vida intelectual” (p. 477), pues es, como escribe fray Luis en la dedicatoria a *La perfecta casada*, “enseñanza del Espíritu Santo”, a cuyo conocimien-

to quiere aficionar (“en que mucha parte de nuestro bien consiste, a lo que yo juzgo”, remacha en la dedicatoria de la *Exposición del Libro de Job*). La Biblia vertebra la poética teológica de fray Luis, y no solo en su obra en prosa.

Es un lugar común la datación de la obra al abrigo de la conocida afirmación luisiana acerca “deste ocio en que la injuria y mala voluntad de algunas personas me han puesto” (pp. 9-10), a partir de la ecuación “ocio = cárcel” (idea sostenida ya desde el siglo XVIII por Mayans y Capmany); la opinión se extiende también entre la crítica del siglo XX. El estado de ánimo, la escasa disponibilidad de tiempo y, más importante, de papel dificultan sobremanera la datación en la cárcel, que, frente a lugares comunes de antes y especulaciones de ahora (Fulton, por ejemplo), Javier San José discute con perspicacia: “Llama la atención que la primera vez que pide papel para algo distinto a su defensa es con fecha del 5 de mayo de 1576” (p. 483), dato que le permite inferir, a mi juicio, con pleno sentido: “No tiene papel para escribir, luego difícilmente pudo escribir casi nada” (p. 484). Además, a la salida de la cárcel, fray Luis tuvo otros tiempos de ocio (e.g., cursos 1580-1581, 1583-1584), que bien pudie-

ron haberse dedicado a la redacción de la obra. Es asimismo revelador el testimonio, desapercibido hasta esta edición, del padre Nicolás Ramos, el 9 de septiembre de 1577, acerca de que el absuelto “lleva agora papeles curiosos que allí [en la cárcel] ha trabajado, los mejores que jamás se vieron” (*Proceso inquisitorial*, ed. Ángel Alcalá, 1991, p. 707): “¿Tratarían esos escritos curiosos de los nombres de Cristo?”, se pregunta el editor (p. 487); de ser así, no pasarían de meros borradores de trabajo, esqueje y no raíz de un tratado futuro.

En el segundo capítulo se estudia la cuestión del género, o los géneros, de la obra (pp. 488-519). Frente a la exégesis que moldea el resto de sus obras en prosa, el género de *De los nombres de Cristo* es el diálogo renacentista, si bien en él se incrustan otros géneros como el comentario bíblico o el tratado teológico. Así, los “razonamientos” entre los “tres amigos míos y de mi Orden” hacen de este libro un diálogo literario, en la estela de una noble tradición clásica y moderna (“el ejemplo de los escritores antiguos, así sagrados como profanos”, p. 327), que fray Luis sabe verter en odres nuevos. A ello debe unirse la revitalización de la escolástica a raíz del Concilio de Trento, as-

pecto que también reseña el editor. El diálogo tiene, pues, el prestigio literario, la eficacia didáctica, el deleite y provecho necesarios, y justifica cabalmente los géneros escogidos. Desde esta base hermenéutica, Javier San José explica los elementos constituyentes de la “ficción conversacional” (Vian Herrero) a la luz de los principios aristotélicos de *verosimilitud* y *decoro*. El editor demuestra, tanto en el estudio como en la minuciosa anotación al texto, “la consciente ficcionalización a que se somete el material narrativo” (p. 491), pues todos los elementos están codificados por la tradición y el entorno. Así pues, se estudian detenidamente los componentes dramáticos que posibilitan el desarrollo del diálogo: espacio, tiempo, actores dialogantes y el famoso “papel”.

En cuanto a los dos primeros, La Flecha es el lugar que refuerza la coherencia global y la verosimilitud de la ficción dialogal; este *locus amoenus* es tópico en el género elegido, pero está influido además por la *compositio loci* de los *Ejercicios espirituales* ignacianos, cuya impronta es patente en la estructura de la obra. A la función dramática del espacio, advertida ya por Cristóbal Cuevas, contribuyen la maestría descriptiva y retórica (Ló-

pez Grigera) y el diseño simbólico (Kottman), que intensifican esa “sensación de armonía de la naturaleza ideal que consigue recrear fray Luis” (p. 494), a la zaga del *Liber Ioseph sive De arcano sermone* de Arias Montano. Por su parte, el tiempo, preciso y concreto, es fundamental en la recreación de ese espacio ideal y, por extensión, del mismo proceso dialéctico. Simbolismo y verosimilitud se dan, pues, las manos y hacen un círculo.

Por lo que respecta a los personajes, los rasgos diferenciadores de los tres amigos no serían simbólicos ni alegóricos, pues su caracterización es literaria, sin que por ello se resienta —todo lo contrario— la ilusión de realidad. Estos seres de carne y hueso, todos agustinos, se pliegan al rol maestro-discípulo, lo que dinamiza el diálogo didáctico. No han faltado, aun así, intentos positivistas de identificación histórica de los personajes, algunos forzados (Muiños cree ver en Juliano a fray Alonso de Orozco y en Sabino a fray Alonso de Mendoza). Antes que escrutar el presunto correlato real de estos seres de ficción, resulta mucho más útil analizarlos —según propone Coster— como desdoblamientos de temperamentos y caracteres (escriturario, escolástico, poeta). El editor llama la atención

sobre una posible interpretación simbólica de los nombres de los personajes virtuales (Marcelo como nombre parlante: *mar y cielo*, avalado por testimonios de Rufo y Lope, y, aunque posterior, también por Huidobro: “Marcelo mar y cielo en el mismo violoncelo”). Asimismo, se subraya cómo la configuración dramática “atiende a las marcas establecidas por la *actio* retórica” (p. 506), aspecto necesitado tal vez de un estudio más detallado.

Por supuesto, otro elemento que vertebra la sabia dramatización del diálogo es el célebre *papel*, cuyas funciones se resumirían en contribuir a la verosimilitud del marco conversacional, crear la ilusión de distensión y familiaridad y recrear un uso académico habitual como la realización de unos cuodlibetos (lo que redonda, de nuevo, en la verosimilitud). En lo tocante a la identificación de ese *papel* con *De nueve nombres de Cristo* del beato Alonso de Orozco, Javier San José concluye, tras resumir las diferentes posturas críticas suscitadas por tan debatida cuestión (desde el clásico trabajo de Muñíos en 1888), que la polémica “se complica por el deseo de conferir realidad histórica a la conversación que constituye el marco de la obra y por el esfuerzo de identificar a los interlocutores” (p. 513).

Por otra parte, en el tejido estructural de la obra se hilvanan otros géneros como el de la exégesis (“Los materiales bíblicos son tratados con la técnica exegetica propia del humanismo de fray Luis”, p. 514). En efecto, el catedrático agustino adopta y adapta los géneros de la enarración, la paráfrasis o la glosa de manera solo en apariencia natural. Hasta donde alcanzo, Javier San José Lera es el primer editor en advertir “una posible actitud de enmascaramiento consciente por parte de fray Luis al mezclar los géneros propios de la exégesis con el diálogo” (p. 515). Porque ese es el *otro* camino que también quiso abrir el Legionense: el del comentario bíblico en romance con la estructura formal del diálogo humanístico.

El capítulo tercero está dedicado a la *inventio* de la obra (pp. 519-552), y aborda en primer lugar la tradición de los nombres de Cristo. Como es sabido, la teología de fray Luis es cristocéntrica (“y la propia y verdadera sabiduría del hombre es saber mucho de Cristo”, libro I, dedicatoria), y, aunque la tradición eclesiástica no era ajena a los nombres de Cristo, como ha estudiado Repges, ya san Jerónimo —recuerda oportunamente el editor—, a propósito del nombre *Agnus* en

su comentario *In Ezechielem*, XIV (XLVI, 12-15), deja constancia de la necesidad de un libro específico para los nombres de Cristo (“si voluerio testimonia dicere, proprio libro indigent”). Ahora bien, los distintos jalones de esa tradición no son más que teselas sobre las que fray Luis taracea un mosaico en el que se incrustan armónicamente la patrística, la escolástica y la exégesis renacentista. Con todo, y al hilo de una impronta señalada ya por Antonio Possevino en su *Bibliotheca selecta* (1617), el editor se detiene en el *De arcano sermone* (1571) de Arias Montano y en los *Libri decem hypotyposeon theologiarum* (1565) de Martínez de Cantalapiedra, sin olvidar el monumental *De locis theologis* (1563) de Melchor Cano, por el vínculo de amistad y magisterio que los unía con fray Luis, quien hace “como un cuerpo y como un tejido” de esas fuentes, las ordena conceptualmente y las estructura de modo orgánico. Desde estos presupuestos debemos entender, por tanto, la teoría del nombre que abre el libro, un pórtico que deviene “reflexión gramatical, dialéctica, filosófica y exegética”, como expone por extenso Javier San José (pp. 530-552). Para esa teoría general del nombre, fray Luis guía “el agua muy desde su

fuelle”, según el método escolástico, para acabar acotando el título a “los nombres mentales o por naturaleza propios de Cristo en cuanto hombre, como resumen de sus perfecciones” (p. 534). Este y no otro es su propósito, de ahí que fray Luis no intente elaborar una teoría (lingüística, semiótica o filosófica) sino encauzar, ecléctica y utilitariamente, desde distintas fuentes su propuesta teológica, que, como observa el editor, ya anticiparía, en miniatura, el Discurso de Dueñas de mayo de 1557 (“Mira quaedam ratio atque contextus est horum verborum”). A la identificación de las partes integrantes de ese eclecticismo dedica Javier San José unas páginas iluminadoras por las que discurren Platón, Aristóteles, san Agustín, santo Tomás, Valla, Nebrija, Domingo de Soto, Egidio de Viterbo o Girolamo Seripando, entre otros.

En la sección cuarta, dedicada a la estructura (pp. 552-564), el editor advierte cómo la organización en tres libros “permite una fragmentación verosímil, ya que cada uno de ellos responde a momentos distintos en la localización espacio-temporal” (p. 553). Asimismo, cada libro se estructura a su vez desde una disposición tripartita: introducción o *praeparatio*, exégesis de una serie

de nombres y paráfrasis final de un salmo; cada libro, por su parte, va precedido de una dedicatoria (a don Pedro Portocarrero). Se explica, además, cómo se trata de una “estructura en progresivo crecimiento” (C. Cuevas), pues la primera edición, incompleta, se amplía con el libro III y el nombre “Pastor” (libro I) en la segunda edición, de 1585, y, póstumamente, con el nombre “Cordero” en la edición de 1595. Sobre esta simetría estructural externa “se van entretejiendo temas y convergencias” (p. 558), que refuerzan la coherencia global y traban la cohesión de la obra, cuyo madurado orden organizativo y retórico demuestra en detalle Javier San José.

El siguiente capítulo (pp. 564-580) se dedica al estudio del arte elocutivo de la prosa luisiana, para el que el editor revisa trabajos suyos anteriores. Sitúa y explica la labor creativa de fray Luis en el contexto bíblico y retórico del humanismo y con una intención de difusión eficaz del contenido redentor de la Escritura. Desde ese marco se entienden mejor y se dilucidan nítidamente los rasgos constitutivos del estilo de la prosa artística de fray Luis de León: orden (*concinntitas*), claridad (*perspicuitas*), elegancia (*ornatus*) y ritmo (*numerus*). Ese y no otro es el

“nuevo y camino no usado” al que se refiere fray Luis, cuya musicalidad o suave y equilibrada armonía en prosa no es ajena en absoluto a rasgos retóricos como el *isocolon*, el *homoiooteleuton* y el *numerus* (con el *Orator* ciceroniano en la corteza). Además, el editor, que ya ha comprobado la aplicación práctica de estos principios teóricos a la *Exposición del Libro de Job* y *La perfecta casada*, analiza *De los nombres de Cristo* desde los planteamientos de la filología de autor (pp. 569-580). Sin embargo, como puntualiza Javier San José, el *ornatus* de fray Luis “no busca —aunque tampoco la excluye— la conmoción de los afectos, sino el deleite de la inteligencia” (p. 577).

El sexto capítulo se centra en la historia de la crítica (pp. 580-611), en que el editor reelabora una versión anterior (2005), enriquecida ahora con nuevas contribuciones. Agradecemos al autor la incorporación de algunas aportaciones de nuestra monografía de 2016 *Fortuna de fray Luis de León en la literatura española (siglos XVI-XVIII)*. El capítulo siguiente se dedica a la historia del texto (pp. 612-635), cuya tradición, frente a lo que ocurre con la compleja transmisión de su obra poética, es únicamente imprecisa; destaca el análisis de las tres

ediciones salmantinas (1583, 1585 y 1587) publicadas en vida del autor, cada una con un impresor distinto. Tras los criterios de edición (pp. 635-650), que cierran el brillante estudio de la obra, siguen el aparato crítico (pp. 651-698) y las notas complementarias (pp. 699-949), siempre lúcidas y exhaustivas, sin que el peso de la erudición lastre jamás la claridad expositiva. En la bibliografía (pp. 951-998), completísima y actualizada, apenas puede añadirse referencia sustancial alguna. Por último, resultan muy útiles tanto el exhaustivo índice de notas (pp. 999-1018) como el índice de lugares de la Sagrada Escritura citados en el texto (pp. 1019-1028).

En tan pulcra y rigurosa edición, cuidada además por la sabia mano de Ignacio Echevarría y Gonzalo Pontón, se antoja hartos difícil advertir alguna errata. No obstante, en una futura reedición habrían de corregirse varios signos de puntuación¹ y

algunos errores.²

En carta dirigida a Francisco Giner de los Ríos y fechada el 22 de noviembre de 1899, escribe Unamuno: “Y viene el más complejo, el místico templado por el humanismo, el platónico cristiano, cuya alma respiró a plenos pulmones la naturaleza henchida de paz, Fray Luis de León, con su admirable libro *De los nombres de Cristo*, manantial de la más sedante dulzura”. Esta encomiable edición de la Real Academia Española a cargo del profesor Javier San José Lera es —y lo será por mucho tiempo— el mayor trabajo filológico realizado hasta la fecha sobre ese admirable libro de fray Luis de León. En él hallará el lector, como sintetizó también Unamuno, la doctrina de todo renacimiento. También, permítasenos añadir, la ciencia y la técnica de toda edición crítica.

José Palomares
UNED

1 Véanse, por ejemplo, las comas innecesarias en páginas 12 (nota 47: “La afirmación de que reproduce lo más conforme a la verdad o a su semejanza, ha sido esgrimida”), 18 (nota 1: “Fray Luis, resuelve”) y 678 (línea 11: “El orden propuesto en *B* es sin duda, menos artificial”), o, al contrario, las comas necesarias en páginas 511 (línea 17), 520 (nota 96: “ostium[,] viam”) y 521 (línea 7).

2 En las páginas 539 (nota 129) y 540 (nota 131), “*Dialectica disputationes*” por *Dialecticae disputationes*; en la página 540 (línea 14), se repite dos veces la preposición (“para para todos”), o, en la página 551 (línea 16), debe corregirse “*lauden*” por *laudem*.